

## **RECUERDO Y HOMENAJE A NIGEL DENNIS**

Tenía la ilusión de reencontrarme con Nigel Dennis en octubre de 2012, después de varios años, cuando vi su nombre destacado en el programa de un congreso sobre el ensayismo organizado en una universidad catalana. En Barcelona supe que Dennis se había visto obligado a declinar la invitación por razones de salud. Le escribí nada más volver y me confirmó la gravedad de su dolencia. “No entro en detalles para no asustarte –y para no asustarme a mí mismo”, me dijo pudorosamente. Pero ni siquiera entonces me resultó fácil hacerme a la idea de que su vida corría serio peligro, y, más aún, de que el fatal desenlace estaba próximo. El 16 de abril de 2013 moría en su casa escocesa. Tenía sesenta y tres años y muchos proyectos en marcha. La triste noticia produjo auténtica desolación –me consta por multitud testimonios– entre cuantos lo conocieron y trataron.

Pertenecía Dennis a una estirpe de hispanistas con los que nuestra cultura tiene contraída una deuda difícil de saldar. No creo necesario dar nombres, pero debe subrayarse que entre ellos el de Dennis ocupa un lugar de excepción. Sus desvelos, su compenetración con una cultura que en principio debió resultarles tan ajena no tuvo pequeña parte en el cambio de percepción sobre la realidad cultural española del siglo XX. Una realidad multifacética, irrigada de vasos comunicantes, mucho más compleja y rica de lo que hacían ver las clasificaciones simplificadoras de los manuales al uso, vigentes todavía en nuestra universidad a principios de los años setenta, con todas las honrosas excepciones autóctonas que se quiera. Desde esas fechas, la renovación de los estudios literarios en España va ligada, sin duda, al impulso dado por esta generosa hueste.

Nigel Robert Dennis nació en Londres el 13 de octubre de 1949. Estudió en el St Catherine’s College de la Universidad de Cambridge y desde muy joven se interesó por el mundo intelectual español de los años veinte y treinta. En Cambridge se doctoró con una tesis sobre José Bergamín y conoció a la que sería la compañera de su vida, Birgitta, de nacionalidad danesa (a quien Bergamín llamaba cariñosamente “La Sirena”). Toda su vida académica pos-

terior la desarrolló en dos únicos destinos y en ambos dejó huella de su talento y laboriosidad, como docente e investigador, pero también en las tareas organizativas que asumió. El primer destino, a partir de 1976, fue la Universidad de Ottawa, en una estancia que habría de prolongarse por espacio de veinte años. Allí nacieron sus dos hijos, Christopher y Michael. La lejanía geográfica no supuso desvío alguno en sus intereses intelectuales. Antes al contrario, en Canadá siguió muy en contacto con la realidad española –venía a España siempre que le era posible–, fue labrando una obra que hoy resulta insoslayable para el conocimiento de nuestra historia literaria del siglo XX, y se ganó, como era de justicia, un lugar eminente en el hispanismo internacional. En 1992 se hizo cargo de la dirección de la *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, que hubo de dejar cuando, en 1996, se trasladó a la Universidad de Saint Andrews, en Escocia, su destino definitivo. En la prestigiosa universidad escocesa desempeñó la cátedra de literatura española en la facultad de Lenguas Modernas, ganándose, como en Canadá, el aprecio de colegas, discípulos y alumnos. Y es que era muy difícil no sentir por Nigel Dennis, junto al respeto intelectual, un afecto entrañable. En un gremio como el académico donde tantas veces domina la rivalidad y el divismo, su trato personal era de una cordialidad y una generosidad infrecuentes, que se diría procuraba velarlas con un toque muy británico de ironía. Buena prueba de su temple generoso era la atención natural y cercana que dispensaba a los investigadores en ciernes, allanando el desnivel entre quien era una autoridad reconocida en todas partes y quienes empezaban –empezábamos– a dar los primeros tanteos. O su abundante correspondencia autógrafa, en un español perfecto, con aquella grafía tan peculiar, inolvidable, de la que nos fue privando –imanes del progreso técnico!– la implantación paulatina del correo electrónico. Guardo como un tesoro la treintena de cartas suyas que recibí desde Ottawa y St Andrews, muchas anteriores a nuestro conocimiento personal, que se hizo esperar hasta noviembre del 2001. Llevábamos ocho años escribiéndonos, pero nunca había surgido la oportunidad de conocernos en persona. Aproveché que Dennis había sido invitado a pronunciar una conferencia en Madrid para hacer coincidir esas fechas con unos días de investigación en la capital. Quedamos en el Café de Gijón a última hora de la tarde, pero ¿cómo identificarnos? Las imágenes no corrían entonces por internet como ahora. Su contestación no pudo ser más reveladora de su sentido del humor: “Voy vestido de negro y tengo cara de inglés (?)”.

Su obra intelectual es muy amplia, pero sobre todo se despliega con gran coherencia, porque los temas en que fue centrando sucesivamente su atención estaban, por así decir, concatenados y parecían nacer siempre de una insobornable necesidad interior. Al estudioso le precedía un gran lector, y por extensión, un hombre de exquisita sensibilidad a quien ninguna manifestación artística le era ajena. Dennis combinaba la finura y lucidez de sus análisis con la claridad expositiva y la pasión por el hallazgo documental. Tal equilibrio de sensibilidad y rigor, en suma, y su alergia a tantas modas pasa-

teras que han asolado los estudios literarios en los últimos cuarenta años (desde la vasta progenie posestructuralista a los *cultural studies*) garantizan, a mi juicio, larga vida a sus escritos, que se cuentan entre la escasa literatura de factura académica que puede ser leída con provecho, incluso, me atrevería a decir, por el lector no especializado. Su consideración del factor personal en la creación literaria, y junto a él las circunstancias de orden político, cultural y estético que lo condicionan, confiere a sus estudios una capacidad comprensiva que alcanza contagiosamente al lector.

Desde joven Dennis fue trazándose como proyecto el rescate de escritores de nuestra segunda edad de oro a quienes el olvido y el silencio, por las razones más diversas, había dejado injustamente en los márgenes del canon literario, o al menos, en posiciones por debajo de lo que el valor de sus obras merecía. Fue el caso de José Bergamín, ante todo, pero también el de Ernesto Giménez Caballero y de la obra escrita del pintor Ramón Gaya, por citar sus empeños más relevantes. Sin descuidar su admiración constante por Ramón Gómez de la Serna, autor a quien no se podrá aplicar el criterio anterior, pero sí su condición de esquivo a las etiquetas fáciles, inclasificable, y que reaparecía una y otra vez, de modo guadianesco, en sus estudios y ediciones.

La contribución de Dennis a la recuperación de Bergamín es inmensa y, en cierta medida, la matriz de su incursión posterior en otros autores. Pocos escritores han tenido la fortuna –aunque habría de resultar póstuma– de encontrar a un crítico tan inteligente, sutil y perseverante. Dennis pudo beneficiarse de su trato desde 1973 hasta su muerte, diez años después. En 1986 publicó en la Universidad de Toronto su *José Bergamín. A Critical Introduction (1920-1936)*. Pero ese abarcador planteamiento general había sido ya precedido por su interpretación de la poesía bergaminesca en *El aposento en el aire* (1983) y por la edición de *Prólogos epilógicos* (1985), selección de textos de Bergamín donde quedaba resaltado su papel, tantas veces ignorado, como primer crítico en lo que daría en llamarse, aunque mal, la *generación del 27*. Ambos libros los publicó Pre-Textos, comenzando entre Dennis y la exquisita editorial valenciana una fructífera colaboración a la que sólo la muerte del primero ha puesto punto final. El interés ya señalado de Dennis en lo personal como factor de la creación literaria le llevó a recoger en ediciones muy cuidadas y ricas en información los epistolarios de Bergamín a Miguel de Unamuno (1993), a Manuel de Falla (1995) y a María Zambrano (2004). De la difícil relación entre Bergamín y Juan Ramón Jiménez se ocupó en *Perfume and Poison*, publicado en inglés en Kassel (1985). La correspondencia con otros escritores de su entorno cronológico –objeto de varios artículos– la reunió finalmente en *José Bergamín en sus cartas*, editado en este caso por el malagueño Centro Cultural de la Generación del 27 (2012). En 1988 rescató el manuscrito, inédito, de la “parodia de sainete” vanguardista *Don Lindo de Almería*, compuesto en 1926. De 1998 es su compilación de los aforismos bergaminescos en el volumen titulado *Las ideas liebres. Aforística y epigramática*. En 2005 publicó en Turner *Obra esencial*, su personal antolo-

gía del controvertido escritor. Y en 2008 recogió el primer volumen de *Poesías completas*, nuevamente en Pre-Textos. La condición de exiliado de Bergamín también le llevó a interesarse por la obra cultural del exilio republicano, aspecto muy visible en su producción desde finales de los años noventa. Merecen destacarse en este campo sus indagaciones sobre la editorial Séneca, que venía a reanudar, en un contexto muy diferente, la experiencia anterior a la guerra civil de *Cruz y Raya*.

En parecida línea hay que situar su acercamiento crítico a Ernesto Giménez Caballero. Como Bergamín, también era Gecé un prosista de preguerra casi olvidado y un animador cultural de primer orden; y aunque sus derivas ideológicas resultasen antagónicas, sus respectivas actitudes heterodoxas tenían algún parentesco. Dando pruebas de su independencia de criterio, Dennis se ocupó de *Yo, inspector de alcantarillas* (en un texto publicado en inglés en 1991 y que no se ha traducido) y mostró su interés por su “cartelismo” como derivación de su renovadora crítica literaria. Y sobre todo nos ofreció una magnífica edición en Pre-Textos de las *Visitas literarias de España (1925-1928)*, recogiendo en libro un proyecto anunciado en su día por el autor –aunque nunca realizado– con lo más sabroso de su periodismo cultural de los años veinte. Su extensa introducción –“El inquieto (e inquietante) Ernesto Giménez Caballero”– se cuenta entre las mejores páginas dedicadas al vanguardista madrileño.

Bergamín lo acercó a Ramón Gaya, con quien Dennis mantuvo una amistad ininterrumpida. En este caso la admiración no tenía fisuras: hacia la persona, el pintor y el escritor, una admiración compartida por los editores de Pre-Textos, donde han aparecido las obras que cito a continuación. En *Ramón Gaya de viva voz* (2007) recopiló el conjunto de sus entrevistas. Con su viuda, Isabel Verdejo, preparó la edición definitiva –y modélica– de su *Obra completa*, de la que sólo llegó a ver el primer volumen (2010); tenía muy avanzado el segundo cuando la enfermedad hizo su devastador acto de presencia. Me permito, no obstante, traer aquí a colación –porque se trata de uno de sus estudios más logrados y porque acaso no encuentre lugar en la edición definitiva– el amplio estudio introductorio a la relación epistolar entre Gaya y Juan Guerrero Ruiz (aparecido al frente del volumen IV de la edición original de la *Obra completa* del pintor murciano, en el año 2000).

Esta reseña de la obra de Dennis es por fuerza incompleta. Me he limitado a recordar sus aportaciones más personales, las que más cerca estuvieron, a mi entender, del centro de sus preocupaciones. Habría que añadir su antología de la revista *El Diablo Mundo. Los intelectuales y la República* (1983); sus numerosos artículos y conferencias sobre otros autores de la *joven literatura* de los años veinte y treinta; su edición, junto a Francisco Soguero, de *Tres cómicos del cine* de César M. Arconada, en *Renacimiento* (2007); de las *Prosas* de José Díaz Fernández para la colección “Obra fundamental” de la Fundación Santander Central Hispano (2006); del *Teatro de la guerra civil*, en ambos bandos (2009 y 2010), en colaboración con Emilio Peral Vega. O,

para cerrar esta relación, un texto delicioso editado por la Sociedad Menéndez Pelayo y que bien puede leerse casi como un relato detectivesco: *Vida y milagros de un manuscrito de Lorca: en pos de "Poeta en Nueva York"* (2000).

La obra de Nigel Dennis, con ser excelente, es indisociable de sus altas cualidades humanas. Vano consuelo es pensar que siempre nos quedarán sus escritos. Porque la muerte, por añadidura, vino a cerrarle el paso cuando disfrutaba de una madurez fecunda y plena de proyectos. Era mucho lo que todavía tenía que ofrecernos. Y para quienes tuvimos la fortuna de tratarlo, el mero recuerdo no basta para mitigar el dolor por la pérdida de un maestro tan sabio, tan cordial, tan generoso.

ENRIQUE SELVA ROCA DE TOGORES  
VALENCIA